

Acerca de *Buena Memoria*, de Marcelo Brodsky¹

Ricardo Nacht

a José

*“Gloria de ceniza detrás
de tus deshechas-anudadas
manos en la encrucijada triple...
... en el fondo
del juramento petrificado,
murmura. ...
Esto delante de ustedes, al este
de aquí,
proyectado, terrible.
Nadie
testimonia
por el testigo.”*

Paul Celan

Una foto, un instante y desplazarlo, hacerlo hablar, dar con las palabras, con un texto, introducirse en él atravesando el tiempo. Escritura e imagen, sombras también de letras por escribirse y un presente que desaparece por hacer del tiempo historia y un testimonio que hace de la desaparición un acontecimiento, es decir, encuentro.

Adorno y su suerte de aforismo: Auschwitz inscribiendo un silencio irremediable, inapelable. Paul Celan y su desmentida: “Gloria de ceniza”.

¹ Acerca de *Buena Memoria*, Marcelo Brodsky, Ed. Asunto Impreso, Bs. As., 1997. Exposición del libro realizada en la Fotogalería del Teatro General San Martín, Buenos Aires, del 7 de octubre al 2 de noviembre de 1997.

Hacerse testigo asumiendo sobre sí la responsabilidad de confluir en el litoral donde la palabra se baña en el enigma de una realidad desaparecida constituyéndola. Decir la desaparición manchando la imagen, superponiéndola a otra, buscando al desaparecido en el rostro de aquellos que fueron y son su mundo, el mundo, atravesando ojos y resituando miradas.

Construir un mundo, hacer de la desaparición un caso, lo que es el caso, afecta y convoca a un acontecimiento que será el nuestro: desaparecidos. Un nombre que retumba sobre los fundamentos del nombre, y decirlo. Es entonces el testimonio del desaparecido el que rompiendo con toda lógica positiva comenzará a escucharse. Ya no estamos ante el testimonio de familiares ni sobrevivientes, un testimonio necesario. Es ahora el desaparecido el que habla su desaparición en un testimonio radical y loco. "Buena Memoria" es la buena memoria, aquella que construye un acontecimiento imposible: el testimonio del desaparecido, testigo de su desaparición, que alcanza la palabra por la mirada, un ojo que se vuelca sobre la palabra y el nombre.

La contingencia de un testimonio, la foto, el ojo marcado por trazos y letras, le brindan al desaparecido la posibilidad, desde este momento suya, para no ser, es decir, ser de otra manera; ahora absolutamente singular, individual, que se aleja para no ser interpretada. Esto es un nombre. Toda una paradoja para los que, como testigos en su presente, habrán construido el espacio para que el desaparecido arroje su testimonio, para que hagamos de ese claroscuro nuestro destino -entre el rostro de Fernando Brodsky fuera de foco, fugaz y su rostro; o el amigo de Marcelo entre todos sus amigos; entre la superposición de la foto grupal de entonces con los rostros de hoy; entre el público y la foto donde un cristal compone una nueva imagen, el público en la foto-. Y este destino poco y nada tiene que ver con la melancolía.

El destino de un nombre, o el nombre como destino señalan ese vacío, -lo que los estoicos y su lógica señalan, como bien se puede ver en las nubes

de Saer², donde locura y testimonio concurren en un único gesto marcando para siempre al testigo- al que el desaparecido, su foto, su imagen, su mirada y su voz -sabemos que los desaparecidos hablan y miran, porque viéndolos conversamos cuando habitan, por ejemplo, nuestros sueños; o en el tropiezo azaroso de frente o de espaldas con su mirada o rostro; o sea la vida- nos convocan para asistir a la locura de ver y oír lo que no se puede ver ni oír. Que habrá siempre desaparecidos en nuestras vidas para que podamos vivir: nuestra catástrofe es nuestra gloria... de cenizas.

Siempre se ha dicho que no hay duelo que pueda hacerse, que han sido arrasadas las coordenadas de un ritual posible, arrojados que estamos fuera, en el fondo de las aguas, al este de aquí, sin vida, fuera de la vida. Si los cielos están habitados porqué no las aguas en su murmullo. -Y el lente que se lanza sobre el río-. Juan Gelman no sólo acompaña el ensayo con su buena memoria, también sabe de auras y ángeles, lo que, nos dice³ y sabemos, Benjamin enseña. ¿Pero, entonces, cómo hacer un duelo de lo que no está allí sino como duelo, como límite? El duelo no es olvido -sustitución o caída- ni trabajo, sino la presencia radical de un nombre -desaparecidos- y su testimonio -una poesía imposible- del que podremos ser testigos en el aura que se deja ver en la concurrencia de la imagen con la palabra y la escritura.

² Juan J. Saer, *Las Nubes*, Seix Barral, Bs. As., 1997.

³ "Auras", Juan Gelman, contratapa de *Página 12*, miércoles 11 de octubre de 1997.